pervierten el gobierno de que están encargados. Cuando aquel á quien se ha dado la espada para proteger á los súbditos, la vuelve contra ellos mismos de quienes la recibió, y en vez de defender mata, el que asi la maneja es tenido por indigno de llevarla. Esto lo saben todos los príncipes prudentes, los que lo saben no debieran necesitar que se les advirtiese, y esto es lo que los ministros que tienen honor les deben decir siempre: porque ¿que otro uso puede hacerse del consejo y de los consejeros? Dejar al príncipe que obre mal sin advertírselo es hacerle traicion: mucho mas lo será el inducirle á que lo haga, al cabo no podrá menos de parar en mal. El peligro sigue de cerca ó de lejos á las malversaciones, y principalmente á las que tocan al estado. El castigo cierto que sigue á las acciones criminales es la infamia, el mayor de todos los castigos, y al que deberá temer un príncipe mas que á la misma muerte. ¿Que merecerán pues los aduladores que por medio de sus lisonjas conducen al príncipe al precipicio, le sumen en la desgracia mas espantosa que sobrevenirle puede, la de hacerse odioso al siglo en que vive, y de generacion en generacion? La infamia de los príncipes es tan inmortal como su gloria, y aun todavia mas; porque los hombres tienen mas inclinacion á censurar que á alabar; y aun por eso se hace mas veces mencion de Neron que de Tito, de Calígula que de Trajano.

Segun esto importa á un príncipe escuchar los consejos con dulzura, é invitar á las gentes á que se los den: testificar su estimacion cuando le digan la verdad, y su odio á los aduladores que se la ocultan ó se la desfiguran; y permitir que sus propios sentimientos sean ecsaminados, controvertidos y aun contradichos. Si es de mal humor, imperioso, apegado á su sentir, si tiene aversion á la libertad de discurrir, y desanima á los que usan de ella, debe esperar que los que están á su servicio desprecien sus deberes en un todo, tan luego como observen la inutilidad ó acaso el perjuicio en observarlos. Cuando ofrece mayor seguridad el engañar al príncipe que el darle un buen consejo, pocos hay, si es que hay alguno, que quie-

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.